



PAULA ROG

NOCHES DE GUARDIA



DESTINO

Magda

«Aire nuevo, vida nueva», piensa con una sonrisa fugaz... porque, en cuanto baja del tren, tropieza y aterriza en el suelo con un estruendo tal que hasta las ratas de las vías lo oyen. «Esto es lo que se llama empezar con buen pie», le dice su vocecilla interior mientras sonrío agradecida a los tres o cuatro pasajeros que han acudido a rescatarla de tan ridícula situación.

Como casi todo el mundo, Magda acostumbra a explicarse las cosas a sí misma, como si tuviera una persona interior con la que comentar la jugada. Y en ese preciso instante la voz le dice que tal vez no haya sido tan buena idea irse a vivir a Barcelona. Y todo ese debate se produce mientras ella les da las gracias a todos: al chico que va con esa rubia que la mira amenazante por encima del hombro; a la señora pesada que ha subido con ella en Zaragoza y le ha contado su vida y la de sus tres nietos, que también han estudiado en Barcelona; al hombre de mediana edad que le ha tocado prácticamente el culo con la excusa de ayudarla a levantarse..., y reprime un gemido de

dolor para que la dejen en paz cuanto antes y se olviden de que deben ser buenos samaritanos.

En cuanto sale de la estación, la voz retoma la charla: «No pasa nada, esta ciudad tiene mucho que ofrecerte». La maleta ha sobrevivido mejor que ella al golpe; «las maletas son duras de pelar, como dicen los anuncios». Y en eso piensa mientras busca un taxi con la mirada, sin darse cuenta de que el cierre de su maleta está a puntito de exhalar su último suspiro. Y cuando levanta la mano para llamar la atención de un taxi, que pasa de largo sin hacerle caso, la maleta decide pasar a mejor vida: ¡clac! Toda la ropa seleccionada para pasar ese año fuera de casa queda primorosamente expuesta sobre la acera. «No pasa nada: la recoges y la metes de nuevo en la maleta», le dice su voz interior, más calmada que ella, que empieza a perder los nervios.

Se agacha e intenta colocar toda la ropa en la maleta, sin detenerse a pensar que no la va a poder cerrar.

—La cerradura está rota...

—¿Cómo dices? —Magda levanta la vista y ve plantado ante ella a un chico más o menos de su edad, con vaqueros estrechos y un casco de moto bajo el brazo.

A primera vista no parece el típico chico que le habría llamado la atención por la calle: es alto y larguirucho, ancho de hombros y de cintura estrecha. Pero observándolo mejor, quizá sí tenga algo... Tal vez sea la barba incipiente que acentúa su cara angulosa y le da ese aire rebelde, o quizá sea la manera en que se aparta de la frente el mechón de pelo, desordenado y muy moreno, o quizá el contraste entre ese cabello tan oscuro y esa piel tan pálida... A Magda le da rabia no poder verle los ojos, ocultos tras

unas Ray-Ban Aviator que la observan desde arriba, medio metro por encima de su cabeza, y que hacen juego con esa voz viril e irónica:

—Se te ha roto el cierre y no podrás cerrar la maleta...

—Se hará lo que se pueda, muchas gracias —responde seca, demasiado nerviosa para ser cordial.

—Vaya bragas más... auténticas... —añade él mientras se agacha junto al montoncito que ha formado su ropa interior, coronado por esas horribles bragas de color carne, tan viejas que estuvo a punto de dejarlas en casa—. Como las de mi abuela.

Magda sabe que esas bragas no son del equipo titular sino del de reserva, las típicas que sólo usas en caso de emergencia, cuando el resto de tu ajuar está fuera de combate y no tienes nada más que ponerte. Pero es que nunca se habría figurado que fueran a ser expuestas en Barcelona, en plena calle.

Indignada, deja de escuchar a la voz interior que le pide calma y se abalanza sobre el chico como una luchadora de sumo inexperta para arrebatarse las bragas. Seguramente es la situación más absurda que ha vivido. Más incluso que cuando el gracioso de Pedro, en el instituto, le llenó las zapatillas de deporte de pasta de dientes y tuvo que pasarse todo el día oliendo a mentol fresco mientras iba de clase en clase haciendo los exámenes finales.

En el fragor de la batalla, Magda entrevé una mirada burlona por debajo de esas gafas de sol. Él la observa divertido, como si estuviera jugando con un gato que persiguiera un ovillo de lana, con una sonrisa de superioridad y el casco colgando del brazo, como un apéndice más de su cuerpo. Tras un forcejeo, él la inmoviliza, sujetándola

por la muñeca con una mano, mientras con la otra se quita las gafas. Al ver esos ojos grises riéndose de ella, a Magda se le hace un nudo en el estómago: tras las pupilas de ese extraño, sin que sepa muy bien por qué, se abre un abismo que le resulta conocido y hacia el que se siente familiarmente atraída; en esa mirada gris puede leer todo lo ilegible que siempre encontró en los ojos de Bel.

—Si quieres te llevo a casa en moto. Pero, a cambio, me quedo las bragas más sexys que he visto en mi vida —le dice él, sosteniendo de nuevo su prenda en alto.

—¿Tú eres idiota o te estás entrenando? —le responde mientras intenta recuperar su ropa interior—. Devuélveme las medias y déjame en paz. Ya tengo bastante lío con toda esta ropa tirada por el suelo...

—Como quieras... Pero, de todos modos, me las quedo.

La suelta, se guarda las bragas en un bolsillo y va hacia las motos aparcadas en la acera. Su mirada magnética desaparece tras la visera oscura del casco. Se sube a una de las motos. Magda la reconoce de inmediato: es como la de Bel, una CB-600, una moto de gran cilindrada, típica de los que disfrutan viviendo al límite.

Magda se vuelve a agachar ante el poco glamouroso mar de ropa interior, calcetines, camisetas, pantalones y libros que la rodea. Él da gas y se pone a su altura.

—Yo usaría los cinturones que tienes ahí para cerrarla. Si no, no llegarás ni a la esquina. —El motor ruge a dos dedos de su oreja—. Ah, y gracias por las bragas: serán el regalo de Reyes perfecto para mi abuela.

—¡Lárgate! —le responde desde el suelo mientras nota el gas caliente del tubo de escape a pocos centímetros de su cara.

Él acelera y desaparece de su vista, y Magda se queda a solas con su desgracia. Por un instante está a punto de rendirse, de reconocer que la ciudad no la acepta y que es mejor volverse a casa cuanto antes. Sería sencillo: dejar la maleta tal cual, cruzar la plaza, entrar en la estación, comprar un billete de vuelta a casa y encerrarse en la habitación de nuevo, como ha estado haciendo todo el verano. Pero el sonido del móvil la saca de sus cavilaciones sobre esa ciudad que la rechaza, y la lleva a pensar en cosas muy distintas.

Cierra los ojos y su voz interior se centra en la pantalla del teléfono: «Ojalá sea Bel». Pero claro, no es ella, y Magda se pregunta si haber pensado semejante tontería no será un síntoma inequívoco de que está al borde de la locura.

—¿Qué tal, Magda? ¿Ya has llegado? ¿Cómo ha ido el viaje? —pregunta la inconfundible voz de pito de su madre al otro lado del teléfono. «¿Todavía no he cogido ni el taxi y ya me está llamando?», piensa mientras respira hondo para no explotar.

—Sí, ya estoy aquí. Muy bien, ha ido muy bien —responde, y se sienta derrotada en el suelo, junto a la maleta—. Te llamo en cuanto llegue a casa de tía Lolita, ahora me pillas liada, ¿vale? ¿Todo bien por ahí?

—Muy bien, pero estamos fritos. ¡Hoy hemos llegado a los treinta grados! Y en Barcelona ¿qué tal?

—Pues mejor, no hace tanto calor con el mar aquí al lado, ya sabes...

—¿Y hace sol?

—Sí, mamá, mucho sol... —Esas típicas charlas anodinas sobre el tiempo la ponen nerviosa a más no poder—. Mamá, te dejo, que voy a coger un taxi.

—Vale, vale. Dale un beso enorme de mi parte a Lolita.

En cuanto cuelga, mira el teléfono y se le escapan un par de lágrimas que llevaban un buen rato ahí, al borde de los párpados, aguantándose, reprimidas. Entra en la agenda, busca «Bel» y, aunque duda unos segundos, borra el contacto. Sabe que ella no volverá a llamarla nunca más, y ya va siendo hora de recoger las cosas del suelo y empezar su nueva vida de una vez.

Después de arrastrar la maleta por toda la calle peatonal en la que el taxi no ha podido entrar, Magda llega por fin, sudando y medio asfixiada, a casa de Lolita. Contra todo pronóstico, la maleta ha aguantado el tipo, eso sí, gracias a tres de sus cinturones favoritos, a los que tendrá que dar la jubilación anticipada tras semejante esfuerzo.

El portal huele fatal, a pis reconcentrado, como si algún borracho nocturno lo hubiera escogido como retrete improvisado, y el ascensor, claro, brilla por su ausencia, así que se arma de valor e intenta subir los veinte kilos de maleta a cuestas hasta el tercero. En cuanto llega al entre-suelo se acuerda de su madre y de que tenía razón cuando le decía que debería ir más al gimnasio y pasar menos horas encerrada en su cuarto leyendo artículos sobre encefalogramas planos y *córtex* cerebrales. No es que esté gorda, qué va, más bien todo lo contrario; en realidad, le iría de perillas recuperar ese par de kilos que ha perdido últimamente para que no se le marque tanto el hueso de las caderas, que siempre ha tenido anchas. Por suerte, su tono de piel aceitunado hace que a pesar de las horas que se pasa estudiando no parezca una rata de biblioteca y que incluso

pueda dar la impresión de que toma el sol con frecuencia. De hecho, en el pueblo se pasaba muchos fines de semana con su abuelo, ayudándole en el huerto, o con Bel y Cristo, y eso le subía aún más el color, tan a juego con su mirada de color miel.

Suspira, se recoge el pelo y apenas consigue hacerse una cola; en qué maldito momento se le ocurriría cortarse su precioso cabello rizado para irse a Barcelona... Cambio de vida, pelo nuevo, claro... Y ahora necesitaría treinta mil clips para mantener a raya esos rizos con los que Roberto siempre jugaba cuando estaban en la cama, y para no pasar tanto calor como en ese preciso instante en que por mucho que lo intenta, no consigue levantar la maleta más que unos centímetros.

Así que decide ir a avisar directamente a tía Lolita, a ver si ella tiene algún simpático vecino dispuesto a echarle una mano.

—¡Qué alegría, hija mía! —saluda su tía abuela mientras la envuelve con su abrazo de mamut—. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Bien, muy bien, aunque me ha costado un poco encontrar taxi...

—Es que los domingos por la tarde es difícil.

Magda se pregunta cómo podrá saber una mujer de setenta años los horarios y las frecuencias de los taxis en la estación de tren, cuando se supone que lo único que hace es ir al mercado cada día y jugar al bingo los sábados, a cien metros de casa. Pero entonces recuerda que tiene un problema que resolver en la escalera...

—He dejado la maleta en el entresuelo... No podía con ella...

—Bueno, cielo. Ya te la subo yo.

—Es que... está rota.

—¿Y?

—La he atado con tres cinturones para que aguante...

—Bien hecho: es lo que hacíamos durante la guerra cuando se rompían las maletas. Mientras aguante...

Magda no puede creer lo que sucede a continuación. Tía Lolita, de constitución tirando a oronda y mofletes colorados de esos que hacen pensar en una mala alimentación o un exceso de orujos en la sobremesa, coge esa maleta que parecía una roca inamovible en medio del rellano y la sube en un pispás hasta su casa.

—Pero ¡tía, cuidado, que te vas a herniar, o peor todavía, te va a dar un infarto! —grita Magda, angustiada, mientras la sigue como puede.

—Quita, quita... Además, tú eres médico, ¿no?

—Mujer, todavía no. He leído mucho de medicina, aunque...

Pero tía Lolita ya ha llegado al rellano con la maleta y sin problemas, con la respiración algo agitada y una sonrisa de satisfacción.

—¿No te dan de comer tus padres en Zaragoza, o qué? —añade burlona Lolita mientras la invita a entrar.

Magda no puede imaginarse cómo debió de ser aquella mujer de joven. Tía Lolita era hermana de su abuela y la madrina de su madre, Rita, y se fue a Barcelona cuando su hijo murió en un accidente con el tractor. Primero se instaló como realquilada y luego buscó un piso para quedarse. Fue entonces cuando su hermana, la abuela de Magda, tuvo que irse a trabajar a Francia con su marido y le pidió que cuidara de su hija Rita. Durante cinco años, tía Lolita

cuidó de su madre y desde entonces siempre le tuvo un cariño especial. «Los que nacieron antes de la guerra y sobrevivieron están hechos de otra pasta», piensa Magda, mientras tía Lolita la mira sonriente y alegre, como si no le hubieran pasado por encima una guerra y una posguerra, como si no hubiera tenido que enterrar a su marido y a su hijo, como si lo más duro que hubiera hecho en la vida fuera subir esa maleta por la escalera de peldaños desiguales de su piso del casco antiguo de Barcelona.

Tía Lolita tiene fama en la familia precisamente por su forma de reírse, e incluso las malas lenguas dicen que se ríe tanto porque se le ha ido la pinza. La tía Antonia, sin ir más lejos, cuando Magda le dijo que se instalaría en casa de Lolita para hacer el último año de carrera, le soltó que se preparara para hacer con ella las prácticas de psiquiatría; desde la muerte de su hijo, se le había ido la cabeza. Pero la tía Antonia era tan malpensada como malhablada.

—¿Y a ti qué coño se te ha perdido en esa ciudad? —le espetó durante la última comida familiar que hicieron en casa.

—Eso mismo decimos nosotros —añadió Rita, su madre, para hacerla rabiar.

Magda había tomado la decisión de irse a Barcelona a cursar el último año de carrera después de que toda su vida se hubiera ido a la mierda. Después de un mes de junio horroroso y asfixiante, supo que tenía que irse de Zaragoza. Paseaba por sus calles sin encontrarle sentido a nada de lo que hacía o decía; había suspendido los últimos exámenes de Medicina, e incluso Roberto, que hasta entonces había sido su alma gemela, la había dejado plantada después de un mes de no conseguir entender lo que le pasaba.

—Yo ya no sé qué más puedo hacer, Magda, te lo juro —le dijo la verbenita de San Juan, apoyados en la baranda de la terraza, mientras sus amigos bailaban al ritmo de la canción del verano que en breve pasaría de moda—. Lo que te ha ocurrido es una putada, vale, pero a mí también me afecta. Dime qué tengo que hacer y lo haré. Pero te llamo y no me contestas; voy a buscarte a la *uni* y te pasas horas sin abrir la boca; intento hablar contigo y me ignoras...

—Lo siento, de verdad, pero tal vez sea mejor que pase todo esto sola —le había contestado ella con tristeza al darse cuenta de la enorme distancia que se había interpuesto entre ellos.

—¿Quieres que lo dejemos? ¿Estás segura?

Y ella no le había contestado, simplemente se había quedado contemplando el vacío que separaba la terraza del suelo, pensando en cuántos metros harían falta para matarse.

—¿Estarás mejor sola?

Según sus rápidos cálculos, tres pisos serían suficientes para que el impacto de un cuerpo contra el asfalto resultara letal.

—Coño, ¿es que no puedes contestarme?

—Creo que sí —había dicho finalmente.

Y es que tener a Roberto a su lado, intentando entenderla, preguntándole a todas horas cómo se sentía y hurgando en su dolor, la angustiaba. Sabía que por mucho que él se esforzara nunca podría sentir lo mismo que ella, nunca entendería esa sensación de ingravidez, de estar flotando en un vacío oscuro, que la atenazaba. Sabía que estaba enfadado con ella por haberse rendido, y no le perdonaba que hubiera suspendido todas las asignaturas a

final de curso, que no quisiera seguir siendo la alumna ejemplar que había sido todos esos años a su lado. Magda había llegado a preguntarse, incluso, si en realidad él la quería sólo por su éxitos. Desde fuera, eran la pareja perfecta: un futuro cardiólogo y una cirujana en ciernes, matrículas de honor en abundancia y, según sus profes, muchas posibilidades de ser, con un poco de suerte, los números uno y dos de España.

Pero aquel maldito mes de junio, Magda había dicho basta. Algo se había roto en su interior y no tenía ganas de nada, ni de ser la número uno, ni de ser la novia perfecta de Roberto ni la hija ideal que debía seguir, paso a paso, lo que de ella se esperaba. Sólo estaba segura de una cosa, de que quería operar cabezas, abrir cráneos, sentir que podía arreglar todo aquello que en un momento dado se había roto en la cabeza de Bel. Pero no podía seguir en Zaragoza, como si no pasara nada.

La idea había sido de Cristo. Él había sido el único interlocutor posible durante aquel junio de mierda, cuando se suponía que tenía que estar estudiando y en cambio se escapaba con él al huerto de su abuelo. Un día, mientras tomaban unas *birras* entre las tomateras, que ya empezaban a dar aquellos tomates enormes y con olor a tierra, Cristo vislumbró la solución. El calor era asfixiante y las hormigas trepaban por sus piernas. Magda llevaba los *shorts* llenos de manchas de tierra y productos químicos, los de trabajar en el huerto, y Cristo, con los pelos tapándole la cara (esos mismos pelos a los que debía su apodo desde el instituto), parecía hipnotizado con la hilera de hormigas. Se miraron y ambos pensaron lo mismo: «Vaya mierda, menuda gran mierda». Y entonces él dijo:

—Si fuera tú, me largaba de aquí ya mismo.

—¿Qué has dicho...?

—Tú que puedes, vete de aquí. Olvida todo esto, toda esta mierda, olvídate de nosotros. Yo no sé hacer otra cosa que cortar carne en la carnicería de mi padre, porque si no, vamos, me habría marchado ya...

—¿Y qué voy a hacer? —le había preguntado Magda.

—Vete a estudiar a Barcelona.

No le hizo falta nada más. Se había abierto una vía de escape. Sin decir nada en casa, a final de curso pidió el traslado de expediente a un hospital de Barcelona y se matriculó para hacer allí las prácticas. Por un momento, se siente liberada por dejar atrás todo aquello, enterrado bajo los matorrales del huerto de su abuelo, bajo el bochorno de aquella ciudad neblinosa en la que se había criado, en los bares de siempre adonde no volvería nunca más a ir de cañas, lejos de las caras familiares que ahora la miraban con lástima.

—¿Necesitas una toalla, cariño?

—¿Perdona...?

Magda ve entonces a tía Lolita en el umbral de la puerta, repitiéndole la pregunta:

—¿Que si has traído una toalla?

— Ah, no... Sí, *porfa*, dame una...

—¿Sabes una cosa? Ésta fue la habitación de tu madre cuando volvió años después para hacer las prácticas de enfermería en Barcelona —comenta tía Lolita antes de salir—. Está tal como ella la dejó.

Magda interrumpe por un momento sus regresiones mentales al pasado, mira la habitación y se da cuenta de que en ese lugar no ha transcurrido el tiempo: las muñecas

de porcelana, la madera carcomida, las cortinas de ganchillo, la colcha amarillenta y el inconfundible olor a naftalina le dan la bienvenida a su nueva vida. Confía en que el hospital donde empezará al día siguiente las prácticas no sea ni la mitad de anticuado que esa habitación en la que hace demasiado tiempo que no entra aire fresco.